

CHARLAS CUARESMALES SANTA TERESA BENEDITA
PASIÓN DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA.

Introducción.

- Cuatro tablas: lavatorio, institución, EE y San Juan de Ávila.
- Sacramento de la presencia de Cristo y de su vida entregada. Comulgar con Jesucristo es comulgar con su vida entregada.
- Necesidad de entrar a fondo en el misterio de la Eucaristía para vivir nuestra fe.

Lavatorio. Jn 13, 1-20.

- Jesús presta a sus discípulos un servicio de esclavos en el lavatorio de los pies. Lo esencial de esta hora está perfilado por S. Juan con dos palabras: es la hora del paso y es la hora del amor hasta el extremo. Los dos términos se expresan recíprocamente, son inseparables. El amor mismo es el proceso del paso, de la transformación, del salir de los límites de la condición humana dominada por el egoísmo y destinada a la muerte. Es un amor hasta el extremo que anticipa la última palabra del Crucificado: "todo está cumplido".
- Con este gesto simbólico, Jesús aclara el conjunto de su servicio salvífico. Se despoja de su esplendor divino, se arrodilla, por decirlo así, ante nosotros, lava y enjuga nuestros pies sucios para hacernos dignos de participar en el banquete nupcial de Dios. La vida entregada de Jesucristo, que resume el lavatorio, es la condición de la Eucaristía, la Eucaristía es el sacramento de esta vida entregada. El Apocalipsis define a los salvados como los que han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del cordero (7, 14). Se nos está diciendo que el amor de Jesús hasta el extremo es lo que nos purifica, nos lava, nos salva. El gesto de lavar los pies expresa precisamente esto: el amor servicial de Jesús es lo que nos saca de nuestra soberbia y nos hace capaces de Dios, nos hace "puros". Este amor es el que contemplamos y con el que entramos en comunión en la Eucaristía.
- En el pasaje del lavatorio aparece por tres veces la palabra puro limpio. San Juan está retomando un concepto fundamental del AT y de las religiones en general. Para poder entrar en comunión con Dios el hombre ha de ser "puro". Por eso las religiones han creado sistemas de purificación para acceder a Dios. Tenemos el riesgo de interpretar a Juan como si ser puro ante Dios consistiera en un esfuerzo moral, en algo que nosotros tenemos que conseguir con determinados actos. En el discurso de Hch 15, 5-11, Pedro afirma que la fe es la que purifica el corazón. Y la fe se debe a que Dios sale al encuentro del hombre. No es simplemente una decisión autónoma de los hombres. Nace porque las personas son tocadas interiormente por el ES que abre su corazón y lo purifica. El lavatorio que nos purifica es el amor de Jesús, amor que llega hasta la muerte, amor que contemplamos en la Eucaristía. Jesucristo que es Dios y hombre al mismo tiempo nos hace capaces de Dios. Lo esencial es estar en su Cuerpo, estar penetrados por su presencia. Es lo que acontece en la comunión, estamos penetrados por la presencia del Señor. El Dios que desciende hacia nosotros nos hace puros. La pureza es un don antes que otra cosa.

- Pocos versículos después Jesús nos dice que si Él nos ha lavado los pies nosotros debemos lavarnos los unos a otros. Corremos el peligro de interpretar esto también desde un reduccionismo moral. Para Juan la entrega de Jesús y la entrega de sus discípulos van juntas. Jesucristo con su vida entregada purifica verdaderamente al hombre, lo renueva desde dentro y esto, justo esto, es la posibilidad de que nosotros entremos en una dinámica nueva de la existencia. La exigencia de hacer lo que Jesús hizo no es un apéndice moral al misterio. Es una consecuencia de la dinámica intrínseca del don con el cual el Señor nos convierte en hombres nuevos y nos acoge en lo suyo. Comulgar con Cristo en la Eucaristía supone entrar en esta dinámica: la dinámica del amor y de la entrega. Pero es una dinámica del don, por nosotros mismos no podemos entrar. La unión con Jesucristo, que supone la Eucaristía, nos hace vivir como vivió Él. Es lo que él mismo dice en Jn 14, 12: "El que cree en mí también hará las obras que yo hago y aún mayores". El obrar de Jesús se convierte en nuestro porque Él mismo es quien actúa en nosotros.
- Del mismo modo hay que entender el mandamiento nuevo. No es la llamada a una exigencia suprema, sino la forma lógica de vivir cuando entramos en comunión con Cristo. Comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo supone vivir como vivió Él y amar como amó Él. Por eso solo si nos dejamos purificar, si acogemos su vida entregada, si nos dejamos lavar una y otra vez por el Señor mismo, podemos aprender a hacer, junto con Él, lo que Él ha hecho. El Papa Benedicto cita a San Agustín: "dame lo que mandas y manda lo que quieras".

Institución de la Eucaristía. Mc 14, 22-26 y paralelos.

- El pan partido es signo expresivo de la vida de Jesucristo que se parte y se reparte. La vida de Cristo ha sido una vida entregada no se ha reservado nada para Él. Jesús refiere inmediatamente el pan a sí mismo o a su cuerpo. Para la mentalidad judía cuerpo designa a toda la persona, podríamos traducir: "tomad esto que soy yo mismo". Cuerpo también hace referencia al sacrificio, es el cuerpo del sacrificio. La invitación a tomar este cuerpo supone participar en la muerte de Cristo y alcanzar la salvación que esa muerte nos obtiene.
- Jesucristo relaciona la copa con su sangre. En la concepción bíblica la sangre es considerada como portadora de la vida. La sangre de Cristo derramada por muchos se convierte en fuente de vida para todos. Los Doce allí presente son el germen del nuevo Pueblo de Dios en el que todos caben. Así Jesucristo llega a ser la luz que ilumina a todas las naciones como había profetizado Simeón. El sacrificio de Jesucristo nos alcanza la vida y la salvación. Es la alianza que no pasa porque Jesucristo ha entregado su vida de una vez para siempre. Como dice la carta a los Hebreos: "vive siempre para interceder en nuestro favor". Jesucristo se ha ofrecido al Padre de una vez para siempre, no caben más sacrificios, la Eucaristía actualiza el único sacrificio de Cristo en la cruz. Esta alianza adquiere significación universal. Paradójicamente, Cristo, que va a la muerte, aparece como vencedor que comienza a ejercer una soberanía universal.
- Comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo supone manifestar que queremos entregarnos como se entregó Jesucristo, que queremos vivir como vivió Él. Sería una contradicción comulgar en la Eucaristía y no entregarnos y no generar comunión, no vivir desde el amor. La comunión con la vida entregada de Jesucristo necesariamente nos lleva a vivir desde el amor. Es la gracia del sacramento, nos

une con el Señor y nos une entre nosotros. Echar en saco roto esta gracia por nuestra parte sería una contradicción en la que no debemos caer.

- La mención a que la copa Jesucristo no la volverá a beber hasta que beba el vino nuevo en el Reino de Dios supone que el futuro se abre con certeza total. Después de la oscuridad de la muerte comenzará un nuevo y definitivo beber. La comida presente es relacionada con la comida escatológica en la consumación celestial. La Eucaristía nos hace esperar, hace que nuestra esperanza sea cierta.

Ecclesia de Eucharistia.

- La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: « He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo » (Mt 28, 20); en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza. Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es «fuente y cima de toda la vida cristiana ».« La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo ». Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.
- Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial
- «Mysterium fidei! – ¡Misterio de la fe!». Cuando el sacerdote pronuncia o canta estas palabras, los presentes aclaman: « Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡viven Señor Jesús! ». Con éstas o parecidas palabras, la Iglesia, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su Pasión, revela también su propio misterio: Ecclesia de Eucharistia. Si con el don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Su fundamento y su hontanar es todo el Triduum paschale, pero éste está como incluido, anticipado, y « concentrado » para siempre en el don eucarístico. En este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa « contemporaneidad » entre aquel Triduum y el transcurrir de todos los siglos.
- No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. « La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor ». La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio

se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado.

San Juan de Ávila.

- "Cosa nunca oída ni vista, que hallase Dios manera cómo, subiéndose al cielo, se quedase acá su misma persona por presencia real, encerrada y abreviada debajo de unos accidentes de pan y de vino; y con inefable amor dio a los sacerdotes ordenados... que, diciendo las palabras que el Señor dijo sobre el pan y vino, hagan cada vez que quisieren lo mismo que el Señor hizo el Jueves Santo"
- "No te hartes de lo mirar con entrañable amor, como a cosa tuya, y procura de honrarle".
- La Eucaristía es "representación de Jesucristo crucificado"
- Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios y por quién vuestra humanidad se mortifica para que Dios en el ánima permanezca! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado y deseado, que mantienes el ánima y no el vientre; confortas el corazón del hombre y no le cargas el cuerpo; alegras el espíritu y no embotas el entendimiento; con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propia es degollada, para que tenga lugar la voluntad divina y pueda obrar en nosotros sin impedimento! ¡Oh maravillosa bondad que tales mercedes quiso hacer a tan viles gusanillos! ¡Oh maravilloso poder de Dios, que así puso, debajo de especie de pan, su divinidad y humanidad y partirse él en tantas partes, sin padecer él detrimento en sí! ¡Oh maravilloso saber de Dios, que tan conviniente y tan saludable medio halló para nuestra salud! Convenía, sin duda, que por una comida habíamos perdido la vida, por otra la cobrásemos, y que así como el fruto de un árbol nos destruyó a todos, así el fruto de otro árbol precioso nos reparase a todos. Venid, pues, los amadores de Dios y asentaos a esta mesa.